

## Editorial

# Progreso y cambio como estandartes de la Modernidad

La Modernidad es un proyecto inacabado. Esta es una de las frases que más hondo ha calado en los últimos años en la sociedad desde los años postreros del siglo pasado. Su carácter descriptivo nos muestra que la civilización moderna no cumplió con las promesas que implica conocer los “misterios” de la naturaleza con sus implicaciones de dominio aparejadas a semejante poder de explicación. No son pocos los “fenómenos” cuya explicación ha sido alcanzada al fragor de las luchas de paradigmas, mismos que pugnan por sobreponerse del prestigio científico como si fuera soldado combatiente que se posesiona del peñón más alto del terreno de combate para pincharlo con el asta de su estandarte, fungiendo de símbolo de poder para dar momentáneamente la sensación de victoria.

La verdad es que, si analizamos bien los hechos, la Modernidad puede cantar victoria solo parcialmente, pues los peñones alcanzados si bien permiten mostrar un dominio del conocimiento de la naturaleza objeto de estudio, también es cierto que no poseemos sino una pequeña porción de conocimiento del Universo infinito, muchas veces empleado más para demostrar el poder y el dominio de la naturaleza para extrapolarlo al dominio humano, que para proveer de progreso social a la misma sociedad que lo promueve.

Esta última idea es la que nos interesa destacar, especialmente por las implicaciones que trae consigo el uso del conocimiento sobre la vida social, en particular en países donde la ciencia nos es buena palabra. Lo más lamentable de estos hechos que se revelan dramáticos, es que al parecer el *status quo* se conforma con el simple dominio como uso infranqueable del poder, donde la *vox populi* prácticamente ni se siente ni se hace sentir. Al parecer tampoco hay voces en los mismos estratos de poder que alerten y despierten del encanto producido por el dios midas in-

verso, entronizado como piedra inamovible. El “progreso” no significa nada, como tampoco significan nada las ideas de cambio, al menos sin que se muera en el intento de hacerla significar.

“Cambio” y “progreso” son dos ideas que se convierten en categorías de uso prohibido cuando no en delito, este último el cual lógicamente solo es punible si proviene de los “estamentos” ajenos y que por supuesto están más allá de las redes de conexión por demás invisibles a los ojos de quienes solo viven por inercia, cuestión ésta que además ignoran. “Cambio” y “progreso” desde el actual contexto se convierten en palabras que subvierten el orden forzado a ser establecido, pues al parecer el conocimiento poseído es suficiente, como también parece ser especialmente suficiente el *staff* de sabedores. Esta idea puede tornarse incomprensible si no se vive la experiencia de condenar la educación a fines no educativos, cuestión que también lógicamente queda fuera de todo orden de comprensión mínima. Y lo más doloroso es que se habla de “progreso” y “cambio” sin que nada progrese y sin que nada cambie. Llegarán tiempos de Modernidad, y tiempos de cambio también, pues la enfermedad de un sistema social que no progresa, no dura todo lo que el “virus” que la afecta quisiera durar.

**Dr. José Vicente Villalobos Antúnez**  
Editor Jefe